

## EL CIEGO PETER

9º - 12º

Tras un largo viaje a través de vastas llanuras, por densos bosques, sobre los grandes ríos que fluyen hacia el norte, había llegado por la tarde a la solitaria finca en Prusia Oriental. Estaba un poco inquieto. Sentí de inmediato cómo aquí, en el este, todo es diferente. La inmensidad quiere llevarte consigo. Uno debe estar bien arraigado en sí mismo para poder afirmarse. La mañana del domingo trajo un breve recorrido por los establos y graneros. El viaje a la iglesia en coche de caballos permitió conocer de inmediato los vastos campos y pastizales que pertenecían a la finca. De repente, la atención se desvió de recibir las amables explicaciones del señor de la finca. Ante nosotros aparecieron en el camino rural tres figuras negras. Desde el primer vistazo tenían algo maravilloso. A la izquierda, un hombre alto y delgado, gesticulando constantemente con vehemencia; a la derecha, uno que caminaba ladeado hacia afuera, apoyado en un bastón, con la pierna izquierda coja. En el medio, un anciano pequeño, rechoncho y extremadamente movedizo. Los tres con sus chaquetas negras de domingo. "Ahí puede conocer enseguida a nuestros santos Reyes Magos", dijo el señor de la finca. Los subimos atrás en el carruaje, los llevamos con nosotros a la iglesia. La conversación, antes tan animada, de los tres, enmudeció cerca del señor, pero yo aún tendría mucho que tratar con ellos.

El primero, el largo, era nuestro maestro compostero. Lo maravilloso de estas grandes fincas orientales era que cada persona, incluso una con grandes deficiencias físicas, podía ser integrada en el organismo vivo de la finca. Joseph era sordomudo, pero podía leer muy bien los labios, y el señor había acertado al encomendarle el cuidado de todos los montones de estiércol y las instalaciones de compostaje. Entonces se le veía caminar por los campos, con una pequeña caja de madera bajo el brazo, usando un palo grueso con una abrazadera de hierro y un travesaño arriba como bastón. Si uno lo encontraba junto a uno de los montones de estiércol apilados en los campos, con dignidad le mostraba los agujeros profundos que taladraba a intervalos exactamente iguales. Misteriosamente tomaba de su caja los preparados, y su mímica decididamente vivaz intentaba explicarle a uno: ahora viene la corteza de roble, luego viene el diente de león y también la milenrama y así sucesivamente las distintas drogas de plantas medicinales, hasta que por último sacaba el frasquito de valeriana y lo rociaba arriba en el centro. Sentía cómo el sordo Joseph estaba profundamente imbuido de la importancia de su quehacer. Y si alguna vez se encontraba con nuestros rusos cautivos volteando uno de esos montones de estiércol, casi se enfadaba si no lo hacían correctamente, le quitaba la horca a uno y se lo mostraba. Él también lo hacía de forma excelente, como lo demostraban las largas hileras de montones, bien mezclados con tierra y cubiertos, similares a túmulos, detrás de los establos; también formaba parte de su oficio apilar correctamente el estiércol que los suizos solo se apresuraban a sacar en carretilla. Entonces siempre había riñas a medias serias, a medias en broma, con su colega rey, el torcido Jakob. La pierna rígida la tenía desde la primera guerra.

Estaba casado con Liese, un caballo muy viejo, pero que aún podía realizar trabajos ligeros. No se lleva tan gustosamente a un animal que ha servido mucho tiempo al matadero, sino que se le da el pan de la gracia. Juntos llevaban la leche y también pequeños carros llenos de tierra, que Jakob luego descargaba donde Joseph no la quería.

Pero el más importante para mí fue el Tercero de la banda. Era antiquísimo. Nadie sabía cuántos años tenía. Yo lo calculaba por encima de los noventa. El ciego Peter ya se había criado en la finca. Vivía apartado, al borde del bosque, en una pequeña cabaña, aunque todo el día estaba de camino, orientándose sin esfuerzo, pues conocía cada piedra, cada árbol, cada valla.

Gozaba de gran estima entre todos. Se decía que sabía más que otra gente, sobre todo, que oía muchas cosas que nadie más podía escuchar; yo aprendí mucho de él. Podía suceder que de repente apareciera a tu lado cuando, al anochecer, meditando sobre el trabajo del día siguiente, volvías a casa.

*- "Bueno, inspectorcito", decía entonces, "¿qué vais a hacer mañana?"*

Era una tranquila tarde de invierno, gris y nublada, relativamente suave.

*- "Pienso que iremos al bosque con todos nuestros cuarenta rusos, a desarraigar tocones, necesitamos leña para nuestra gente."*

*- "Bueno", respondió, "eso no será."*

Quien lo conociera más tiempo habría ideado a partir de eso otro trabajo.

En la noche estalló una tormenta terrible, y por la mañana todos los caminos hundidos estaban cubiertos de nieve. Pues aunque no hay tanta nieve en los campos, el viento la amontona en algunos lugares a metros de altura, y tuvimos que pasar el día con todos los rusos palear para despejar las carreteras, cosa que ya teníamos que hacer por lo del ejército.

O una vez recuerdo que estábamos cómodamente sentados tomando café el domingo y entra de golpe el capataz del establo:

*- "Los caballos se han escapado del prado y están en el campo de remolachas."*

Hice que el mozo montara uno de los caballos de tiro que estaban en el establo; se reunió a toda la gente que se pudo alcanzar, y luego salimos de caza. Esos veintiocho caballos de trabajo, por supuesto, se burlaron de nosotros, intentamos acorralarlos, pero una y otra vez se reían de nosotros relinchando y se lanzaban a otro rincón. Ya estábamos bastante sin aliento, empezaba a oscurecer. De repente noté cómo aguzaban las orejas y miraban en una dirección determinada.

En lo alto, recortada contra el cielo del atardecer, apareció una pequeña figura. Era el ciego Peter, que con gritos quedos, cortos y autoritarios los reunía como conjurándolos, y ellos lo seguían en paz hasta la finca.

Poco antes de mi llegada había muerto la mujer de Peter, y me preocupaba cómo se las arreglaría él solo. A veces le enviaba a una de las muchachas polacas para que limpiara, pero la mayor parte la mantenía él en orden. Una mañana vino a buscar la leche y dijo:

*- "Inspectorcito, ahora necesito más leche."*

*- "Eso está bien, Peter", dije, "que beba leche, eso les sienta bien a los viejos."*

Me miró, si se puede decir así de un ciego, completamente pasmado.

*- "Pero, inspectorcito, la leche solo la necesito para las gachas. Para beber, el licor de cereal es bueno. Pero ahora somos más gente. Y, en general, cuando vuelva a la ciudad, compre un par de zapatos, como para un chico de seis o siete años, y también buen montón de material de costura; todavía tengo muchas cosas viejas que arreglar".*

Y desató de su pañuelo unas monedas de cinco marcos y me dejó plantado.

Bueno, pronto lo volví a encontrar y poco a poco averigüé lo que había sucedido. Él había estado sentado pacíficamente en su cuarto, fumando su pipa, ya era de noche, cuando oyó un ruido en la puerta. Llama, nadie responde, abre la puerta, allí tirada en el umbral, lo siente, una mujer, la hace pasar, tiene consigo un muchacho. Bueno, nuestra gente mayor allí en el este sabe todos un poco de polaco, pues todos los años habían venido los trabajadores itinerantes polacos para la cosecha.

Penosamente le sacó a la mujer que ella, con su muchacho, era la única superviviente de un castigo ejemplar que había caído sobre una aldea en relación con los combates partisanos; todos los hombres, mujeres, niños, ancianos asesinados, la aldea incendiada. En un espanto sin sentido había echado a andar, siempre más hacia el oeste, gente compasiva les había dado aquí y allá algo de comer.

Yo vi a la mujer misma, tenía que ocuparme de todo lo que ocurría en el distrito de la finca. El muchacho tenía unos ojos grandes, asustados, que hacían estremecer. Completamente natural, el ciego Peter había tomado el asunto en sus manos, le había dicho que se quedara con él. Ella apenas hablaba, pero llena de agradecimiento había asumido en silencio todos los trabajos, y de repente había de nuevo una familia en la casa. Ella podía trabajar con nosotros a media jornada y ganar así lo necesario para ella y su hijo. Surgió una relación maravillosa, casi tierna, entre el muchacho y el anciano. Como un perrito, lo seguía a todas partes, le traía esto y aquello. El ciego lo palpaba y le decía qué flor, qué piedra o qué animal era.

Por las tardes se sentaban juntos, y el viejo instruía al muchacho. A veces yo iba para allá y escuchaba. El ciego Peter pertenecía a esas personas cada vez más raras que se saben prácticamente toda la Biblia de memoria. ¡Y qué vivo sabía contarle todo! A veces también se hablaba de enanos o de las ninfas. Salían a relucir viejas leyendas y cuentos. Pero cuando el ciego hablaba de los enanos, describiendo exactamente su aspecto, dónde vivían, qué hacían, que tenían efectivamente un rey, entonces yo siempre pensaba: *él los conoce, él realmente puede verlos.*

De vez en cuando, el viejo Peter exhortaba muy seriamente al pequeño Marek, que no debía ir nunca al estanque negro. Tenía que prometérselo. Y luego contaba sobre una ninfa que vivía en ese estanque. Sobre todo con luna llena se le aparecería a uno. Pero había que cuidarse mucho de ella, y la describía en su belleza, de modo que a uno se le quedaba el ánimo muy inquieto, y se

sentía que él la conocía bien. Con ello se me ocurrió que la única zona de todo el distrito de la finca donde nunca encontré a Peter era precisamente ese estanque negro, mientras que por lo demás vagaba por todas partes. Pregunté sobre ello a uno u otro de nuestros viejos, al herrero, al carretero; pero la gente de allí arriba es bastante reservada, más aún con un forastero. Sin embargo, pude deducir de sus insinuaciones que el estanque negro había desempeñado un cierto papel en la vida del ciego Peter. Me lo imaginé, que era probablemente su territorio de caza furtiva, que quizás había habido allí un enfrentamiento. Nunca se podía sacar de él cómo se había quedado ciego. Pero eso también parecía estar relacionado.

Una vez, en **tiempo de Adviento**, volví a su casita. Miré por la baja ventana, dentro estaban los tres sentados a la luz de una vela, y el viejo Peter le enseñaba al muchacho un canto de Adviento. Aún hoy oigo la débil voz de anciano y el canto vigoroso del muchacho. Más tarde busqué qué canción era, y quiero compartir la primera y la última estrofa:

*Señor Jesucristo, Hijo de Dios,  
que desde el alto trono celestial  
has bajado a la Tierra  
y por nuestro bien te has entregado.*

*Ayúdanos a vivir dignamente  
y a morir en ti felizmente,  
para que te amemos y alabemos,  
aquí en el tiempo y allí eternamente.*

Esa noche no entré, sino que me volví a casa en silencio, conmovido por la paz que, en medio de los disturbios de la guerra terrible, emanaba de esa miserable cabaña.

Y ahora llego a la noche, de cuyos sucesos en realidad quería contar.

Había sido un día de invierno muy tranquilo, el sol de la tarde brillaba amarillo entre las nubes. Los abedules estaban escarchados y envolvían su blanco torso con sus esbeltas ramas. Habíamos vaciado las zanjas y llevado la tierra como compost. Había ido antes de lo habitual a mi habitación, las tardes de invierno son la recompensa del campesino por el esfuerzo del año. De repente oigo que a mi puerta no llaman, sino que tamborilean. Gritos y alaridos medio ahogados:

*-¡Ciego Inspector, ciego Inspector!*

Era Marjuscha, que bañada en lágrimas, con el cabello suelto, me gritaba:

*-“Marek se fue, el ciego Peter se fue, todos se fueron, no sé dónde.*

Ella había estado todo el día en la finca, ayudando con la repostería navideña. Eso, naturalmente, era llamativo. Al anciano le podía haber pasado algo, una debilidad, o se había roto una pierna. Pero que el muchacho también hubiera desaparecido era preocupante.

Así que reuní a la gente, a los rusos del búnker, linternas a mano, enganché un trineo y salí a buscar. Nos desplegamos en todas direcciones. Gritamos, no hubo respuesta. Buscamos huellas en la nieve, nada que descubrir. La madre se desesperaba cada vez más.

Entonces se me vino de repente a la mente, no sé cómo, el estanque negro. Así que nos dirigimos hacia la zona boscosa donde estaba, y pronto descubrí un resplandor de fuego. Eso, en mitad de la noche, era desde luego algo llamativo. Nos acercamos y nos quedamos paralizados.

Si uno se ha imaginado durante horas las imágenes más horribles, si ha sido atormentado por el miedo a que algo hubiera pasado, y entonces se encuentra con algo que ni en sueños se habría podido imaginar, entonces no sabe si reír o llorar.

En el bosque había una de esas cabañas de corteza que servían de refugio a los leñadores. Arriba un agujero, para que saliera el humo, en el centro un hogar para calentarse. Delante de una fogata que ardía alegremente estaba sentado en un tronco el ciego Peter en mangas de camisa, sobre su regazo un paquete grande. Este resultó ser el muchacho, envuelto en la larga chaqueta del viejo. En un montón de leña en el interior de la cabaña estaban extendidas las ropas del muchacho para secar.

- "Shhh", hizo él, "está durmiendo." – "Bien que hayan venido, inspectorcito, hasta hace poco 'Él' todavía estaba aquí."

- "¿Quién es 'Él'?" pregunté completamente desconcertado.

- "¿Quién es 'Él'?" me reprendió;

- "Bueno, 'Él'."

Sacudí la cabeza, realmente no era momento para conversaciones. Tomé al muchacho en brazos, le di mi abrigo a Peter. Fuimos al trineo y nos dirigimos a la finca. Por la mañana, el muchacho estaba contento y sano.

Al ciego Peter le había afectado, tuvimos que llevarlo al hospital con una neumonía grave. Siempre que podían, sus dos colegas caminaban hasta donde él, se sentaban en silencio y consternados junto al anciano, que yacía con alta fiebre, y rezaban.

Cuando pasó la crisis, pude por fin hablar con él. Sonaba todo tan sencillo, como lo contaba. Estaba solo en la habitación, el muchacho se había ido; el viejo creyó que estaba con su madre, entonces Peter oyó de repente que lo llamaban desde fuera, una y otra vez, con voz insistente:

- "¡Peter, Peter, el niño!"

Entonces se levantó de un salto, escuchó otra vez, de nuevo la misma urgente llamada a que fuera, creyó oír:

- "¡Lleva una cuerda!"

Se pone su chaqueta, agarra la cuerda de la ropa, él sabe dónde está todo en su cuarto, sale apresurado. Siente claramente que ahí hay alguien, oye que le advierte:

- ¡Ven!

Y mientras camina, él siempre lo hace en la oscuridad, siente el paso a su lado, a él se encomienda, él marca la dirección. Poco a poco nota que llega a una zona donde hacía mucho que no estaba, pero el paso a su lado es una guía segura. Entonces oye de repente débiles gritos:

*-¡Ciego Peter, ciego Peter!*

Es la voz del muchacho. Se da cuenta de que éste está en el estanque negro. Peter se acerca, lanza varias veces la cuerda en vano, hasta que el muchacho la alcanza, lo saca lentamente. No se le puede contar a un niño sobre una ninfa bellísima a la que se puede ver con luna llena, y luego prohibirle que vaya.

Marek había ido al estanque, se había hundido, apenas había podido agarrarse a un arbusto de la orilla, pero era demasiado débil para salir por sí mismo. Ahora estaba el ciego en el frío con el muchacho empapado, no podía cargarlo para llevarlo a casa. De nuevo sintió la voz a su lado:

*-¡Ve a la cabaña!"*

Entonces sabe lo que debe hacer. Siempre lleva yesca y una pipa en su bolsillo. En la cabaña hace una fogata, desnuda al muchacho, lo envuelve en su chaqueta, tal como lo encontramos.

Durante mucho tiempo "Él" todavía estuvo sentado con él, habían hablado mucho y "Él" había dicho que ahora muchas cosas se habían recuperado en gran medida.

¡Ay, soy tan necio, debería a ver hecho la pregunta!

*-“Peter, ¿quién, pues?”*

Pero Peter estaba algo transformado, ya no tan autoritario y tan burlón como siempre. Se puede decir que estaba casi alegre. Reprochándomelo respondió:

*-“Pero, inspectorcito, pues **Él**, naturalmente”.*

Peter no murió entonces. Vivió todavía un tiempo con el muchacho y la joven mujer allá arriba en su cabaña. Luego llegó la tormenta del este y nos dispersó a todos. Pero a veces, cuando tan abrumado por toda la desesperada confusión del mundo me pregunto, *¿quién va a ayudar aquí?, ¿quién puede cambiar esto?*, entonces oigo su clara y luminosa voz de anciano decirme:

*-“Pero, inspectorcito, **Él**, por supuesto”.*

Aportación de La Comunidad de Cristianos